

SEMBLANZAS

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: ITINERARIOS

por

Miguel Mena

Ediciones Cielonaranja

Realizó estudios de Doctorado en la Universidad Libre de Berlín (2000). Es editor, ensayista e investigador. Ha publicado una serie de obras sobre la cuestión urbana y literaria de la República Dominicana.

Contacto: cielourbano@gmail.com

ORCID: [0009-0009-6888-9751](https://orcid.org/0009-0009-6888-9751)

DOI: [10.5281/zenodo.17476556](https://doi.org/10.5281/zenodo.17476556)

La consagración de Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) ha venido de la mano de Jorge Luis Borges, gracias a dos textos medulares: el prólogo que acompañara la edición de *Obra crítica* (1960) del dominicano, y “El sueño de Pedro Henríquez Ureña”, integrado en *El oro de los tigres* (1972).

La figura de un autor tan diverso –y disperso– como Henríquez Ureña concitó una atención muy amplia en Borges. Revisando el *Borges* de Adolfo Bioy Casares, por ejemplo, advertimos que las citas en torno a “Ureña” se van espaciando hasta los años 70. Temas tan sensibles como la patria, la ética de la escritura, la “expresión”, entre otros, fueron tratados tanto en esos diálogos como en el prólogo de Borges en una inusual perspectiva “americanista”. Como sabemos, el autor de *El Aleph* no fue precisamente pródigo en sus reflexiones sobre nuestro continente.

Pero antes de Borges ya tendríamos toda una estela de críticos, colegas y lectores que habían asentado el impacto de aquella presencia de Henríquez Ureña en el aula, la casa y hasta en los espacios vacacionales: sus compañeros del Ateneo de México –Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Julio Torri, entre otros–; también los que les siguieron generacionalmente, que podríamos denominar sus alumnos, como los *Contemporáneos* en México o los de la revista *Avance* en Cuba, o Ernesto Sábato en La Plata. Más adelante tendríamos que considerar a sus lectores, quienes dialogaron con su obra, como Octavio Paz, Emir Rodríguez Monegal, y que en algunos casos, contribuyeron a difundirla, como Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama, para sólo mencionar a los más relevantes.

Como vemos, Pedro Henríquez Ureña fue una personalidad reclamada en diversos espacios culturales latinoamericanos, dejando no sólo amigos y discípulos donde vivió, sino forjando una amplia red epistolar, incluso más allá del círculo hispanohablante. Si a este conjunto de estudios le agregamos el de los títulos que lo acompañan, como el de Sócrates y Maestro, entonces nos enfrentaríamos a toda una construcción en torno su figura, donde a veces se magnifica y se degrada, al mismo tiempo. Considerando esta biblioteca “pedrista”, nos orientaremos en una dirección complementaria: con líneas en torno a los diversos contextos en los que su obra fue realizada.

Pero antes de entrar en materia, puntualizamos dos detalles. El primero: nos preguntaríamos si en Henríquez Ureña hubo un intento de “obra”, y luego, de si en los hechos logró esa “obra”. ¿No estaríamos más

bien ante un autor que hizo de lo fragmentario, lo leve, lo momentáneo, el material de sus ocupaciones y preocupaciones? ¿Qué pudo hacer, salido de esas ecuaciones vitales donde ejercía la docencia, el periodismo, la opinión pública mediante el ensayo, hasta la política? Teniendo en cuenta la compilación de sus obras completas que editamos en catorce tomos,¹ ¿podríamos hablar de un “legado” particular, incluso de un “proyecto”? Seguramente el lector encontrará algunas respuestas en este itinerario bio-bibliográfico. En estas líneas recorreremos sus 62 años de vida, deteniéndonos particularmente en algunas de sus estaciones más vitales, explorando la arqueología de su bibliografía.

Años de formación

Nacido en Santo Domingo el 29 de junio de 1884, en Pedro Henríquez Ureña hubo mucho Caribe. Por el lado paterno encontramos a los Henríquez, judíos sefardíes provenientes de Curazao. Por el materno, los Ureña eran criollos muy acendrados en el país dominicano. Sus padres fueron Salomé Ureña (1850-1897), educadora, la poeta más celebrada en su época, y Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935), médico y político, quien llegaría a ser presidente de facto en 1916, justo al comienzo de la primera ocupación militar de los Estados Unidos (1916-1924). Si el abuelo materno de los Henríquez Ureña era el gran poeta costumbrista Nicolás Ureña de Mendoza, en la casa del paterno incluso se había estrenado la primera orquesta filarmónica dominicana,² evidencia de la significación social de su residencia dominicana.

Dos de los políticos y escritores que se harían habituales en el universo familiar de los Henríquez Ureña, José Martí y Eugenio María de Hostos, dejarían su gran impronta en el joven Pedro Henríquez Ureña. La atención al espacio insular caribeño, marcado entonces por sus luchas de independencia, serían puntos de partida para luego pensar los procesos de descolonización y tender una mirada hacia lo que nos definiría o “nuestra expresión”.

Después de dos años como refugiado político, entre 1875 y 1876, Hostos se asentaría en el país dominicano en 1879 para impulsar la modernización de la escuela. Tanto Salomé como Francisco fueron sus

¹ Santo Domingo: Ministerio de Cultura de la República Dominicana, 2013-2014.

² Ver Emilio Rodríguez Demorizi: *Música y baile en Santo Domingo* (1971)

asistentes más significados en esa empresa. Martí, gran amigo de su tío Federico Henríquez y Carvajal, y a quien llamaría “hermano” en su última carta de 1895, sería un modelo de intelectual, estableciendo una ética y cierta estética particular. Caso curioso el de Pedro Henríquez Ureña: con una infancia en casa que al mismo tiempo era escuela y, por qué no recordarlo, con gran capacidad dialógica bastante temprana con su madre, tenía al alcance de la vista a los dos intelectuales no sólo más relevantes del Caribe, sino por mucho tiempo renovadores de la educación y de las letras. Será además curioso que los tres hermanos Henríquez Ureña –Pedro, Max y Camila–, en contextos muy diversos, le habrán brindado una especial atención a la obra de estos dos apóstoles de la independencia y autores preclaros. Pedro mismo confesaría además que sus aficiones literarias, y las de su hermano Max, que iban siempre paralelas a las suyas, comenzaron realmente con lecturas de Shakespeare e Ibsen, que junto a la música y el teatro, coparon casi todo el tiempo de la infancia.

Y así llegamos a un bienio clave en la formación de los Henríquez Ureña: el 1897, con la muerte de su madre Salomé, y el 1899, cuando el tirano Ulises Heureaux es ajusticiado, creándose así las condiciones para la vuelta de la familia, que hasta entonces vivía en Cabo Haitiano, donde su padre tenía una consulta médica.

1901: Nueva York, comienzos de otro mundo.

En 1901, a sus 15 años, Pedro Henríquez Ureña comienza una aventura que no lo dejará más en su vida. Sus 62 años de existencia los repartió Pedro Henríquez Ureña (1884-1946) entre Buenos Aires (20), Santo Domingo (17), Ciudad México (12), Nueva York (4), Minnesota (3), Cabo Haitiano (2), Madrid (2), y luego en una serie de estancias entre La Habana, Santiago de Chile, y Veracruz. Enrique Krauze ha acuñado el muy discutible concepto de “crítico errante”:³ si bien el dominicano hizo de la transhumancia una especie de dinámica vital, en sus constantes traslados no había una especie de vocación o idea de designio o meta, sino la suma de una serie de limitaciones que lo impulsaban a moverse a otras tierras. Cada nueva ciudad se le ofrecía en razón de la búsqueda de espacio para el

³ Para una lectura en mayor profundidad sobre Pedro Henríquez Ureña puede consultarse el ensayo de Enrique Krauze, “El crítico errante”, disponible en: <https://enriquekrauze.com.mx/el-critico-errante-pedro-henriquez-urena/>.

conocimiento, o el riesgo ante los desenfadados de la política, e incluso, por razones familiares. De manera que la idea romántica de “errancia” sería discutible en su caso. Fiel que se mantuvo a la idea de “patria”, pero igualmente consciente de su incapacidad de integrarse al devenir de esa república criolla. Lo explica en una carta José de la Riva Agüero, fechada en Washington el 2 de marzo de 1915:

Mi deber es ir a Santo Domingo. Recuerdo que en La Habana hablamos usted y yo sobre el deber de trabajar por el propio país, y que yo no acabé de explicar mis ideas, mi posición, en este punto, y temí aparecer como un tibio o un negado. En realidad, yo me atribuyo dos limitaciones en mi capacidad de servir a mi país: por una parte, soy un especialista, y no en una rama de la ingeniería o de la agricultura, sino en letras, en ciertas ramas de las letras, y considero que mi especialidad no le es útil a un país pequeño y pobre como el mío; por otra parte, no me agrada la acción política como allá se entiende, implicando la posibilidad de la acción guerrera. Para mí la guerra o la revolución sólo se justifican una vez de cada cien. Mi acción, pues, tendrá que operar con limitaciones; pero estoy dispuesto a prestarla. Creo que, aunque directamente mi enseñanza tendrá que ser literaria y filosófica, fuera de cátedra predicaré la principal necesidad del país: el desarrollo del trabajo, y sobre todo de la agricultura.⁴

1905: ensayos críticos

Entre 1901 y 1904 los hermanos Pedro y Max Henríquez Ureña vivieron la gran experiencia newyorkina. Aprendieron el inglés, vieron, oyeron y redondearon una serie de conocimientos que les servirían para el resto de sus vidas, además de experimentar las grandes ofertas musicales del primer mundo.

Enfermo y en los límites de la pobreza poco más de dos después, Pedro arribará a La Habana en 1904 para reunirse con su familia, repartida entre la capital cubana y Santiago de Cuba. Un trabajo como contable y diversas colaboraciones con publicaciones en Santo Domingo le agenciarán los medios para compilar y publicar su primera obra en 1905: *Ensayos críticos*.

⁴ La carta se encuentra en el artículo publicado por el portal *Acento*: “Sobre el bolchevismo de y otros temas: Pedro Henríquez Ureña y José de la Riva Agüero” (2020) de Miguel D. Mena. Disponible en <https://acento.com.do/opinion/sobre-el-bolchevismo-de-y-otros-temas-pedro-henriquez-urena-y-jose-de-la-riva-aguero-8845547.html>

Algunos ya habían aparecido en *Cuba Libre*, una revista dirigida por su hermano Max en Santiago de Cuba, y buena parte en Santo Domingo, donde siempre trataba de publicar sus escritos. En esta obra temprana ya se vislumbraba su preocupación por temas americanos, incluyendo comentarios sobre el *Ariel* de Rodó, volviendo a cuestiones caribeñas, como el indigenismo y el concepto de patria en la poesía de José Joaquín Pérez, o las ideas sociológicas de Hostos y Lluria. Su publicación le valió la aprobación de figuras como Marcelino Menéndez Pelayo y José Enrique Rodó, autores con quienes desarrollaría un importante intercambio epistolar. En estos primeros trabajos, también aparecía su interés por la métrica, con un sentido innovador y centrado en los grandes poetas de su tiempo, especialmente Rubén Darío.

Durante estos años iniciales, Henríquez Ureña también tuvo una breve incursión en la producción en verso, con un perfil modernista, aunque no persistió en la vena lírica. Su primer cuento, "Ríe, payaso", fue publicado en 1906, pero él mismo renegaría de él más tarde.

Período Mexicano y Consolidación (1906-1914): el Maestro de la Juventud

Pedro Henríquez Ureña llegó a México por primera vez en 1906. Su primera estación la constituyó Veracruz, adonde se marchó invitado por el periodista cubano Arturo Carricarte para fundar la *Revista crítica*, que impulsaría la idea de Nuestra América en el campo cultural hispanoamericano. Fracasado el proyecto, se trasladó a la capital mexicana. Allí se convirtió en una figura clave en la de la Sociedad de Conferencias (1909-1914), luego Ateneo de la Juventud, del cual fue cofundador de la y líder. Su papel en la reorganización de la enseñanza y su contribución al fermento intelectual de México fueron reconocidos, especialmente por José Vasconcelos y Alfonso Reyes, quienes lo consideraron un "maestro" e "inspirador". Su labor se centró en combatir el positivismo imperante en la enseñanza pública y en difundir la cultura clásica grecolatina.

Uno de sus primeros aportes en Ciudad México fue la traducción del libro de ensayos *Estudios griegos* de Walter Pater (1908). Publicado por entregas en la *Revista Moderna de México*, esta sería una de las lecturas más influyentes para el grupo de jóvenes que conformarían el Ateneo, potenciando la idea de bien y belleza como activos sociales.

En 1910 se producen dos hechos felices editorialmente: en París se publica *Horas de estudio*, su segundo libro, que consolida su prestigio. Fue elogiado por Marcelino Menéndez y Pelayo, quien destacó su "exquisita educación intelectual" y su prosa "sinceramente pensada y sobriamente escrita". El libro incluía estudios sobre figuras como Comte, Nietzsche, Hostos, Rubén Darío, Gabriel y Galán, y G.F. Deligne. También en ese año, y para conmemorar el centenario de la República de México, se edita la *Antología Mexicana del Centenario*. Realizada en colaboración con Luis G. Urbina y Nicolás Rangel, esta obra fue un estudio y selección de la literatura mexicana del primer siglo de independencia. Henríquez Ureña llevó a cabo valiosas investigaciones para esta antología.

En 1913 trabajó en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México y presentó su conferencia sobre la mexicanidad de Juan Ruíz de Alarcón, que al año siguiente se publicará como folleto. En esta obra, que luego sería parte de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Henríquez Ureña definió la sensibilidad mexicana y puso de relieve la sobriedad y discreción de la obra de Alarcón. Esta tesis sobre su "mexicanismo" fue tan influyente que se convirtió en un tópico del ensayismo mexicano en el siglo XX, alcanzando hasta a Octavio Paz. También en 1913 publica la primera versión de las *Tablas cronológicas de la literatura española*, que en su segunda edición en 1920 serviría como manual para los estudiantes de español en los Estados Unidos.

Hasta 1914 Henríquez Ureña desarrolló una vasta e influyente labor en México como periodista, ensayista, crítico, cronista y hasta como maestro. El devenir trágico de la revolución mexicana lo irá empujando a otras opciones, asumiendo la primera que se le ofrecía, la de acompañar a su padre a un puesto diplomático en Reino Unido. Ya en La Habana, y a poco de tratar de partir, el estallido de lo que sería Primera Guerra Mundial le deshace el proyecto. En noviembre de ese año marcha a los Estados Unidos, primero a Washington, como corresponsal del habanero *El heraldo de Cuba*. Luego sigue a Nueva York, donde colaborará con *Las Novedades*. Firmará artículos de opinión, mientras el resto se conocerán bajo seudónimos, lo que demuestra una limitada identificación con ese su oficio de periodista.

De los talleres de *Las Novedades* saldrá la pieza dramática: *El Nacimiento de Dionisos* (1915). Esta tragedia en prosa reafirmó su interés por los mitos griegos.⁵

1916-1920: Entre Minnesota y Madrid

La posibilidad de realizar estudios de doctorado y de también trabajar como profesor lo llevaron a la Universidad de Minnesota en 1916. Con una estancia posterior en Madrid completa su trabajo de tesis: un estudio sobre *La versificación irregular en la poesía castellana* (1920). Esta obra se publicó en capital española con un elogioso prólogo de Ramón Menéndez Pidal. Es un monumental estudio sobre la métrica española, que resaltaría el hecho de cómo en cierta zona primigenia de las letras en España se apelaba al verso libre.

También en 1916 la República Dominicana sería ocupada militarmente por los Estados Unidos. Su padre, Francisco Henríquez y Carvajal, elegido por el congreso como presidente de la República, se quedaría con la banda puesta. Las apetencias imperiales y el proyecto de asegurarse estas tierras de cara a la Primera Guerra Mundial, anularon la validez de tal elección. Acercarnos a las publicaciones de Henríquez Ureña en esos años de ocupación norteamericana de su país (1916-1924) nos llevarán a obras muy dispares: políticas, filosóficas, periodísticas, sociológicas. Con un pie en la Academia, otro en la política y tal vez alguno en los estudios culturales — su verdadera pasión—, el camino de Pedro realmente estaba empedrado.

Segunda y última etapa mexicana: 1921-1924

Pedro Henríquez Ureña sacrificó la estabilidad y las buenas perspectivas laborales en la Universidad de Minnesota por volver a México en 1921, acudiendo al llamado de su viejo amigo José Vasconcelos, para entonces ministro de Educación. Su vida daría un giro en 1923, cuando se casó con Isabel Lombardo Toledano y tuvo a su primera hija, Natacha. Debido a desavenencias con Vasconcelos se marchó a Puebla, como Director General de Enseñanza Pública. Cuando un año más tarde no mejoraban las

⁵ Ver “The Caribbean Socrates Pedro Henríquez Ureña and The Mexican Ateneo De La Juventud” de Rosa Andújar, publicado en *Classics in Extremis: The Edges of Classical Reception* (2019).

condiciones de sobrevivencia, decidió trasladarse a la Argentina con su nueva familia.

En esos cuatro años mexicano igualmente desarrolló Henríquez Ureña una prolífica labor editorial. Publicó sus estudios lingüísticos: *Observaciones sobre el español en América* (primera parte en 1921) y *El supuesto andalucismo dialectal de América* (1925). Estos trabajos marcaron el inicio de su profunda dedicación a la lingüística del castellano americano, un campo fundamental en su bibliografía posterior. También alcanza a publicar el primero de dos tomos proyectados:⁶ *En la orilla. Mi España* (1922). Este libro, si bien fue hecho a “retazos”, también fue un “libro modesto por el contenido” pero “revelador de un espíritu” y mostró la continuidad de sus preocupaciones temáticas sobre lo hispánico y el americanismo. Como los dos últimos años mexicanos estuvieron determinados por sus contradicciones con Vasconcelos, Henríquez Ureña tuvo que volver a las viejas aguas del periodismo. Así llega a *El Mundo*, que había cofundado su amigo ateneísta Martín Luis Guzmán. Allí realizará trabajos paralelos, en entregas, para el público infantil. Primero, la traducción de *Peter Pan*, de J. M. Barrie. La segunda, una serie de narraciones que su hija Sonia publicará luego reunirá con el título *Cuentos de la Nana Lupe*.⁷ En ellos, aunque inusuales en su producción, reflejan su carácter esencialmente ético y didáctico. Se conectan con su ideario americanista y su concepción de la educación como impulso de la utopía americana.

La Etapa Argentina (1924-1946): plenitud y americanismo integral

En 1924, Pedro Henríquez Ureña se estableció en Argentina, iniciando lo que se considera su etapa de plenitud y madurez. Salvo los dos años pasados en su país natal –entre 1931 y 1933–, y los meses que duró su estancia en Harvard –finales de 1940 hasta abril del 1941–, allí se pasaría el resto de sus veinte años de vida. Este traslado ya venía pensándolo desde 1921, cuando se celebró en México un Congreso continental de estudiantes y atendió a la delegación argentina, conformada por Arnaldo Orfila Reynal,

⁶ El segundo, “En la orilla: gustos y colores”, lo pudimos rearmar gracias al archivo donado por Sonia Henríquez Hlito al Colegio de México. Fue publicado en el 2012 por Cielonaranja, Santo Domingo, y por Bonilla Artigas Editores, Ciudad México, con estudio de Adolfo Castañón.

⁷ Para esa edición del Fondo de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1966, Sonia Henríquez contó con el apoyo de Augusto Monterroso.

Enrique Dreyzin, Pablo Vrillaud y Miguel Bomchil, entre otros.⁸ En 1922 Henríquez Ureña fue incluido por José Vasconcelos en la delegación del gobierno mexicano que participó en los actos de posesión presidencial de Marcelo T. de Alvear. Aprovechando la ocasión, dictó en La Plata su célebre conferencia “La utopía de América”, que sería publicada en 1925. Con estos dos encuentros previos con sus “amigos argentinos”, sentará las bases de lo que luego serán esos días “de madurez” en el país sudamericano.

En La Plata encontró el apoyo de Alejandro Korn y de una extensa comunidad de académicos, científicos, artistas y políticos. En dos entidades fundadas allí tendría Henríquez Ureña un papel principal: la “Asociación de las Artes” (1929), de la cual será vicepresidente, y la Universidad Popular Alejandro Korn, junto al historiador José Luis Romero, el filósofo Raimundo Lida y el ensayista Ezequiel Martínez Estrada, entre otros. Con la Asociación recuperaba algunas ideas que ya había desarrollado en México con sus compañeros ateneístas. En La Plata nuevamente volvía a la dinámica de conciertos de música, conferencias, cursos, y exposiciones, entre la cuales se destacó uno de las primeras exposiciones del artista vanguardista Emilio Pettoruti, escribiendo el texto de su catálogo, aunque no firmándolo.⁹

Dentro del programa de la Asociación de las Artes dicta su conferencia “Música Popular de América” en 1930. Al igual que la de 1922 en la misma ciudad, sobre “La utopía de América”, esta se convierte en una de las más trascendentales: aparte de presentar un modelo de exposición que se vinculaba al espectáculo —ya que sus palabras iban acompañadas de interpretaciones musicales—, atiende a un público al que por primera vez se le abre la noción de comunidad cultural latinoamericana, con “expresiones propias”. Además, y lo más importante: trata el tema de “la confusión entre arte popular y arte vulgar”:

Mientras la música popular canta en formas claras, de dibujo conciso, de ritmos espontáneos, la música vulgar —capaz de aciertos indiscutibles—

⁸ Ver Barcia (2015): 44.

⁹ Más de un 30 por ciento de las colaboraciones de Pedro Henríquez salieron o con seudónimos o sin firmar. En su archivo, conservado en el Colegio de México, se pueden apreciar esos recortes de periódicos y publicaciones con sus iniciales —PHU—, escritas a lápiz. Gracias a esta práctica es que hemos podido atribuirle una serie de textos que de otra manera quedarían “sin autor”.

fácilmente cae en la redundancia. El oyente poco ejercitado puede usar como piedra de toque los versos que acompañan a unos y otros aires: los del pueblo llevan letras sencillas, con palabras elementales y, dentro de nuestro idioma, en metros cortos; los del vulgo recogen los desechos de la poesía culta (los “rayos de plata de la luna”, los “labios rojos de coral”, la “ardiente pasión”, la “mente loca”) o imitan torpemente las ingenuidades del pueblo (Henríquez Ureña, 2013-2014: t.9: 1929-1935, 422).

La música no sólo es un arte: también participa de las contradicciones sociales. En el tránsito de lo rural a lo urbano ve Henríquez Ureña el tránsito a formas de creación y de recepción musical, donde se asienta la dialéctica de lo “popular” y lo “vulgar”: “El arte popular se refugia ahora en los campos, y hasta allí lo persigue y lo acosa el arte vulgar, industria de las ciudades, especialmente de las capitales” (Ureña, 2013-2014: t.9: 1929-1935, 423).

Con esta dinámica como conferencista, agregamos una nueva esfera a la “obra” de Henríquez Ureña: aquella que privilegia el conocimiento dentro de una comunidad, fundando en la lectura y en las modalidades de conferencias instrumentos de democratización de la cultura. Sus publicaciones entre el período 1927 y 1931 alcanzan desiguales registros, porque se mueven entre los encargos didácticos y compilación de textos diversos. Dentro del primer apartado tenemos *El libro del idioma* y la *Guía del libro del idioma* (1927), redactado junto a Narciso Binayán, y concebido “para los dos últimos años de la escuela primaria, quinto y sexto grado.¹⁰ Junto a esta obra, también para la editorial Kapelusz compilaría *Cien de las mejores poesías castellanas* (1929), y publicaría la *Antología clásica de la literatura argentina* (1937), realizada en colaboración con Jorge Luis Borges.

En 1928 el editor Samuel Glusberg le publica en su editorial Babel la obra *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, su libro más difundido y fundamental. Curiosamente el mismo año en que José Carlos Mariátegui publica sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Mariátegui haría un elogioso comentario sobre la obra de Henríquez Ureña.¹¹ Consultando

¹⁰ Para una lectura en mayor profundidad sobre este tema ver “Una gramática de la nación argentina. Sobre *El libro del idioma* de Pedro Henríquez Ureña y Narciso Binayán” (2012) de Guillermo Toscano y García, publicado en la *Revista argentina de historiografía lingüística*.

¹¹ Ver: https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/temas_de_nuestra_america/paginas/seis.htm.

tantos los archivos de Mariátegui como los de Glusberg, podemos advertir los vasos comunicantes entre ambos autores.

Con *Seis ensayos...* consolidó Henríquez Ureña su prestigio en el Río de la Plata. Revisando el canon en torno a la ubicación de lo latinoamericano en el mundo, llamó la atención sobre el no obviar la impronta de la cultura y las letras de los Estados Unidos. Los ensayos iniciales, "El descontento y la promesa" (1926) y "Caminos de nuestra historia literaria" (1925), son clave para entender su "fórmula" de americanismo, que buscaba superar las tesis regionalistas y europeizantes para encontrar una expresión original de América. Las ideas expuestas en este libro persistirían y se ampliarían en sus obras posteriores.

En 1930 acontecen dos hechos importantes: su nombramiento como secretario del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, y el traslado final de su familia a Buenos Aires. Ese mismo año asume el gobierno de la República Dominicana el joven militar Rafael L. Trujillo Molina, con promesas de superar la época de los caudillismos, saldar las deudas con los Estados Unidos y modernizar las estructuras económicas y culturales del país. Como tanto su hermano Max como su padre Francisco se habían incorporado al nuevo gobierno, Pedro obtemperó al llamado de ellos y del presidente, para ocupar el puesto de Superintendente de Educación. Así que entre 1931 y 1933 trataría de afianzar el pie en su solar nativo, llevándose incluso a su familia. Lo que encontró, sin embargo, fue el nacimiento de un régimen autoritario, que ya le invalidaba algunas de sus propuestas, de manera que pudo deshacerse del cargo en menos de dos años de gestión. A su regreso lo esperaba el lanzamiento del proyecto de la revista *Sur*, dirigido por Victoria de Ocampo. Sería parte de su cuerpo de redacción y publicaría allí sus ensayos más literarios.

Entre el Instituto de Filología y Editorial Losada (1937)

Los avatares de la Guerra Civil española (1936-1939) prohicieron la fundación de Editorial Losada en 1938. El librero español Gonzalo Losada Benítez (1894-1981) se había establecido en Buenos desde 1928, representando a la editorial española Espasa Calpe, cuyo posicionamiento a favor del sector franquista conllevó a la ruptura de ambos. Con el concurso de una serie de intelectuales amigos, viejos colaboradores de Espasa, Losada

se decidió a lanzar la editorial con su apellido. Como socio fundador, además de editor y lector, tendríamos a Pedro Henríquez Ureña.

Teniendo como modelo de éxito editorial el de los “libros de bolsillo”, de los cuales la Colección Austral era la mejor muestra, Henríquez Ureña trató de superar esa línea con el lanzamiento de “Cien obras maestras de la literatura universal”, asumiendo algunos de los textos más clásicos, como los de Homero, Cervantes y Shakespeare, entre otros. Una de las obras de mayor éxito en Losada sería la *Gramática castellana* (1938), en dos tomos, que redactaría en colaboración con su colega Amado Alonso, que llegaría a ser un modelo en América latina.¹²

En el Instituto de Filosofía encontró Henríquez Ureña algunas de las mejores condiciones para el desarrollo de sus conocimientos y talento. Junto al filólogo y compañero Amado Alonso, emprendió un proyecto de largo aliento donde se pensaban aquellas particularidades del castellano en América. Publicado como anejo de la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, resaltando la importancia de la cultura colonial para la identidad hispanoamericana, Henríquez Ureña presentará *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936). En 1938 dirige la compilación *El español en México, los Estados Unidos y la América Central* y en 1940 publica *El español en Santo Domingo*, su obra más destacada en cuanto a la cultura dominicana.

Las corrientes literarias... (1945) y Historia de la cultura... (1947)

La invitación a impartir participar en el seminario Charles Eliot Norton en la Universidad de Harvard (1940) significó para Henríquez Ureña un reconocimiento a su carrera y al mismo tiempo, las condiciones para articular un texto sobre el devenir literario del continente. Ofrecido en inglés, esas reflexiones serían presentadas bajo el título de *Literary Currents in Hispanic America* (1945). Inicialmente tituladas “En busca de nuestra expresión”, reflejan la continuidad de su leitmotiv intelectual. La obra ofrece un panorama meduloso y erudito de la literatura hispanoamericana desde la época colonial hasta los años 30 del siglo XX, integrando pasajes sobre música, pintura y el trasfondo político de nuestras sociedades. Junto a esta obra trabajará en un encargo editorial, que no llegará a publicar en vida: *Historia de la cultura en la América Hispánica* (1947). Aquí se esboza un cuadro

¹² Ver “La gramática castellana de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña” de María do Carmo Henríquez Salido, publicado en *Cauce: Revista Internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas* (1997-1998).

general sobre el desarrollo cultural de Hispanoamérica, desde la Colonia hasta 1945, incluyendo algunas de sus instituciones políticas y artísticas.

En ambos textos presenta el dominicano condensadas percepciones sobre cultura “latina”, incluyendo al Brasil. Concebidas para el público norteamericano, ambos textos se concentrarían en una ajustada lista de obras, autores, señalando una serie de elementos históricos y sociológicos de América latina. A contrario de lo que se ha establecido cierto sentido común, estos dos textos son las síntesis y el desarrollo de todo un aparato conceptual que comenzó a considerar a temprana edad, en Nueva York, cuando tuvo que situar la figura de Rubén Darío, primer autor en rehacer el canon de las letras hispánicas.

Hilos invisibles

Para valorar el amplio legado de Henríquez Ureña hace falta completar la edición de su epistolario. De manera episódica se ha estado constituyendo un cuadro sobre la historia cultural latinoamericana de la primera parte del siglo XX, donde Henríquez Ureña jugó un papel destacado. Gracias a ese epistolario emergente hemos podido ir apreciando la manera en que el dominicano fue actor de primera línea en muchas iniciativas editoriales, con sus recomendaciones. Se podrían contar obras que incluso no llegó a ver publicadas, y que fueron parte de sus iniciativas, como *Las ideas políticas en Argentina* (1946) de José Luis Romero.¹³

Aunque ausente de México, Pedro Henríquez Ureña nunca descuidó la red de sus amistades en aquel país del Norte. También se implicó de una manera militante en el apoyo a la República española. Siguiendo sus viejos afanes editoriales de aquellos tiempos del Ateneo, también en Argentina su objetivo fue el de democratizar el acceso a la alta cultura y establecer un canon de lecturas fundamentales para la formación humanística. Dentro de sus últimas colaboraciones hay que destacar el papel de consejero de Daniel Cosío Villegas y el Fondo de Cultura Económica, en la creación de la colección de la Biblioteca Americana (Mondragón, 2016).

¹³ Pedro Henríquez Ureña le aconsejó a Daniel Cosío Villegas, de Fondo Cultura Económica, contratar a José Luis Romero para encargarse de ese tema, según Osvaldo Graciano en “Entre cultura y política: La Universidad Popular Alejandro Korn. 1937-1950)” en *Trabajos y Comunicaciones* (1999). Disponible en https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2777/pr.2777.pdf

Pedro Henríquez Ureña mantuvo una extensa y valiosa correspondencia con figuras como Alfonso Reyes, Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, Azorín, Félix Lizaso, Julio Torri, Amado Alonso, Rafael Altamira, y muchos otros. Podríamos considerar este amplio epistolario como una cartografía cultural, que al mismo tiempo nos sirve para profundizar en una amplia serie de escuelas, autores, tendencias y escenarios culturales, donde tuvo su impronta.

Pedro Henríquez Ureña falleció el 11 de mayo de 1946 en Buenos Aires, mientras se dirigía a dar clase en el tren, imagen que ha sido ya consagrada por Borges en “El sueño de Pedro Henríquez Ureña”. Su muerte motivó numerosos homenajes y el reconocimiento de su figura como un “maestro de América” y un “Ciudadano de América”.

En fecha tan temprana como en 1925, en Montevideo se acuñó por primera vez ese concepto que hasta el día de hoy se utiliza para referirse a su personalidad: el de esperado “maestro” o “crítico” de América. Se sumaba así su figura a otros autores que habían hecho del concepto “América latina” o “Hispano América” su razón de ser intelectual: Andrés Bello, Eugenio María de Hostos, José Martí, José Enrique Rodó.

Tal consagración, sin embargo, fue asumida como una estación más, porque la misma no le habría de garantizar ni puestos ni facilidades para el desarrollo de su obra. Incluso, podríamos conjeturar que para Henríquez Ureña no había una propuesta de tal empresa intelectual. Si dispusiéramos en una mesa sus escritos, bien que se podría conjeturar la ausencia de una “obra”, en el sentido de un monumento. Y en verdad que el maestro dominicano ni se propuso ni pudo crear algo así como un “legado”. Él mismo huyó de tales hagiografías. Sin embargo, sí podríamos ver cómo a través de esos tejidos en los que él empeñó su palabra, hubo frutos trascendentales, discípulos que no dejaron de destacar su bondad. Tal vez por eso, como declaró en 1922 en La Plata, al presentar a José Vasconcelos, hay que tomar su palabra como su poética vital: “mi dedicación principal es la literatura, y, dentro de la literatura, más que producir cosas mías, admirar las ajenas [...]” (Ureña, 1922: 245).

Bibliografía

BARCIA, PEDRO LUIS BARCIA: *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*. Santo Domingo: Ediciones Cielonaranja, 2015.

HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO. “Discurso de Pedro Henríquez Ureña. Nuestro homenaje a José Vasconcelos”. En *Nosotros*. Buenos Aires, octubre de 1922.

---. *Obras completas*, 14 tomos. Edición de Miguel D. Mena. Santo Domingo: Ediciones Cielonaranja, 2013-2014.

MONDRAGÓN, RAFAEL. “La memoria como biblioteca. Pedro Henríquez Ureña y la Biblioteca Americana”. En Ugalde Quintana, Sergio y Otmar Otte (eds.). *Políticas y estrategias de la crítica: ideología, historia y actores de los estudios literarios*. Madrid-Frankfurt: Bibliotheca Ibero-Americana, 2016.